

—Pero usted —le repliqué— algo habrá leído, no obstante su repulsión por las letras.

—Nada, o casi nada; me dijeron que Don Quijote era muy divertido, comencé a leerlo y no pude pasar del primer capítulo. Después me prestaron un libro que se llama "Otelo" de un tal Chaquespeare (¡!) pero no me impresionó ni pizca, seguramente porque ese día mataron un puerco en mi casa y cuando leí que el negro asesinó a su mujer de una puñalada, recordé al puerco abierto en canal, chorreando sangre palpada con mis propias manos, y lo de esa señora Desdémona ningún efecto me hizo.

—Amigo, es envidiable su poética y poderosa fantasía.

No comprendió mi respuesta, o se hizo el desentendido. Sin embargo, cuando él llega a mi tienda dejó los Estudios Indostánicos de Vasconcelos y me dedico a oír acuciosamente los despropósitos de mi paisano.

#### DISQUISICIONES DE UN PEQUEÑO FILOSOFO

Llegó Tití, mi sobrino, a pasar una temporada a nuestro lado y a invernar, como las golondrinas, bajo un alero propicio.

Tití cumple apenas cinco años, pero ya es un hombrecito formal que sabe muchas cosas de la vida y que, si no las sabe, las indaga. Es un niño feúcho, de morros abultados, de una naricilla gruesa y respingona, a la que él llama porrón, pero es inteligente y simpático y muy amigo de charlar y departir aun con las personas que no conoce. Conmueve oírlo referir cómo murió su padre y los extremos de dolor a que llegaron él y sus seis hermanitos.

—A los que fueron a sacar a papá yo les tiré con piedras, y pudieron llevárselo, porque Dios le mandó un recado a mi mamá con el padre Benito, diciendo que lo esperaba en el panteón. Nosotros bien queríamos esconderlo en la covacha del descansillo. Allí nadie lo hubiera encontrado.

—Entonces, esa corbata negra que traes ¿es por el luto de tu papá? —preguntóle

Don Rutilio, atusándole el alborotado mechón que le bajaba hasta los ojos.

—¡La corbata y todo, ya lo creo! ¡Con decirle que los frijoles que nos dan en casa también son negros por el luto!

El niño tuvo muy mala suerte al hacer el viaje de Pátzcuaro a Tacámbaro; llovió mucho y les cayó una pedrisca horrible cuando atravesaban Llano Grande. Tití soportó la lluvia sin chistar, pero los golpes del granizo le hicieron perder la paciencia y exclamar enfadado:

—Vamos a meternos a un zaguán.

—Aquí no hay zaguanes, niño, —le contestó el espolique.

—Pues me choca que en una calle tan grande no tengan una sola casa.

Ya después estuvo encantado en el pueblo, y así lo decía en las cartas que me dictaba para su hermano Javier:

“Vente con nosotros, pero que sea pronto, antes que se seque una laguna muy grande que tenemos aquí cerca, donde hay peces domesticados que no se tragan a la gente.

“Tenemos también mucha fruta, pero los tíos no la guardan en la cómoda, como mamá. La cuelgan en los árboles para que los ratones no se la lleven.

“Todos los días compro alfajor y atravieso solo la calle, sin que me apachurren los coches. ¡Ah! Te diré que los coches de aquí no son como los de allá.

Aquí sólo llevan dos ruedas gordas, dos tablas, y los estiran con dos vacas que asoman los cuernos detrás de un cajón.

“La leche tiene espuma como las gaseosas, y es todo tan rico, hasta los postes, que los tumban, los asan y los venden en rebanadas en un puesto que está frente a la

tienda. Cuando tú llegues ya te llevaré a comprar, pero no pidas un centavo de madera porque no te despacharán pronto. Pide un centavo de quiote, y así sabrás cómo son de dulces los postes que se dan aquí.

“Termino de escribirte porque voy a buscar un loro chiquito que canta en el corral. Tía Rebeca dice que no es loro, que se llama grillo, pero si yo lo agarro lo enseñaré a hablar, a rezar a tocar la corneta, lo mismo que los loros grandes.

“Tu hermano, dijo.

“Tití”.

La familia Vélez nos invitó a su casa de Canícuaro, que parece una hermosa acuarrela trazada por el pincel maravilloso de mi paisano Gilberto Chávez. Huerto frondoso, estanque de turquí, molino cuyas aspas ilustraron un viejo tomo del Quijote, capilla perfumada por el copal y el romero.

En la mesa Tití probó de todo: la sopa de curundas, el manchamantel, los frijoles chinos, pero lo que más le gustó fué el melado caliente, con un buen trozo de requesón y oliendo a caña cocida. Mi sobrino se desesperaba por pedir más de aquel plato tan rico, pero lo detenía el temor de un regaño. De pronto encontró la solución del problema: extrajo de su bolsillo los dos únicos centavos que formaban su stock monetario, y ofreciéndolos al dueño de la casa, le dijo:

—Véndame usted dos centavos de este caldo tan espeso y tan sucio. Palabra de honor que me ha gustado.

Después de la comida llegó el mayordomo de la hacienda y comunicó a sus amos que en el corral había muerto una vaca, La Amapola. Tan caritativa, tan buena y de ideas tan comunistas era la finada, que dejábase ordeñar por los muchachos de la calle, en cualquier sitio, regresando siempre a su casa con las ubres vacías. Era en su género una santa. . . . una santa con cuernos.

—Llévame a ver el animal muerto, —me pidió mi sobrino, tirándome con premura de la chaqueta. Yo accedí, y juntos nos acercamos al sitio del establo en donde algunos peones destazaban la res, pero a primera vista pude percatarme de que la va-

ca, en una preñez muy avanzada, escondía en el vientre un becerrito.

—No te acerques más porque te llenas de sangre —dije a mi sobrinito, retirándolo de aquel curso de obstetricia al aire libre.

— ¡Con razón se murió la vaca, tío, si se tragó un becerro entero.!

Salio Tití de Tacámbaro para reunirse a sus hermanitos, y con tan poca fortuna, que al pasar otra vez por Llano Grande, una partida de ladrones tiroteó y puso en fuga a las personas con quienes viajaba.

Llegaron todos a Pátzcuaro, enfermos de miedo quejándose del asalto. Solamente Tití, con su claro optimismo y su profunda filosofía, mostróse inalterable.

—Prefiero los balazos a los granizos, —comentaba. Balazos, ninguno me tocó; en cambio todos los granizos me pegaron.!

#### UNA “TOSCA” RURAL

Remigia, la viuda del sargento López, entró en mi tienda y golpeando con los centavos sobre la lámina del mostrador, pidióme un carrete de hilo del 60.

—Desde que te acompañé a lo de tu marido, cuando estuvo en capilla, no te he vuelto a ver.

—No salgo nunca, señor. | Estoy cuidando a los chicos, pero 'hora que lo miro me aprovecho pa' decirle lo que hizo por mi Juan.

—Yo no pude hacer nada por él, tú lo sabes. El general se encaprichó.

—Sí, pero usted jué güeno con esta probe y Dios se lo pagará.

—Gracias, Remigia. Y dime, ¿es verdad que tú engañaste al sargento, haciéndole creer que no lo fusilarían, y que si lo llevaban al panteón y le formaban cuadro, era sólo por darle un susto?

La mujer bajó los ojos y sus labios temblaron imperceptiblemente.

—¿Qué te movió a mentirle de esa manera?

—Usted no lo tomará a mal, ¿verdad?

—No, mujer; si siempre he pensado que lo hiciste con buen fin.

—¡Y tanto! A mi hombre, después que mató al teniente, se le pasó la briaga y se aflojó todito. —“Vieja, por la desceplina me ajustarán” —decía, y lloraba como un chamaco. Con usted juimos a ver al general pa’ pedirle el endulto, y al maldecido ni le ablandaron ruegos, ni se le amovió el corazón con mis lloros. Trujimos a mis inocentes criaturitas y ni tan siquiera las vido. Entonces, me añublé de rabia y no tuve más que un pensamiento: ¡que Juanito muera cabal, que no digan que al último jué collón y, que no sufra, Santo Señor de Carácuaro! Corrí a la cárcel y le eché mentira; pero él no me lo creiba. Me miraba de sorpresa a los ojos hasta que, viéndome tan en paz, él se jué tranquilizando.

—Mira, viejo, el señor de “La Fama” le dió ajuste a todo. Pero no te achicopales que no más te quieren sacar tu susto.

Vendí una cobija y le acarrié su cena, zóricua, carnitas y una garapiña de en ca’ don Nazario. ¡Hasta se puso celoso, mirándome tan sosegada y me dijo con tanta jeta: ¿De ónde sacaste los fierros?

—Se los pedí a mi comadre Merenciana, que se quedó en el catre con los muchachos.

Amaneció, y por juerita de la cárcel formaron la escolta. Yo estuve allí, pa’ que Juanito, al salir, me devisara y se sintiera con alientos. Los soldados querían echarme, pero yo, en cuanto pude, me le acerqué y le dije:

—El general golvió a ofrecer, no tengas miedo.

Unas cuantitas gentes en la calle nos devisaron con lástima; cuando pasamos por El Marinero, estaban tocando la guitarra, pero un briago los calló, y a mí me atajó en la banqueta y me hizo empinarme un buen vaso de aguardiente.

Llegamos al camposanto; Juanito, al pisar la puerta, se quitó el sombrero. Estaba como un paño de blanco, pero muy tranquilo. Yo me encaramé sobre un montón de tierra y vide cómo le arrimaron junto a la pader y cómo él golvió la cabeza pa’ no perderme de vista.

¡Casi me desmayé de congoja cuando formaron el cuadro y el capitán sacó la espada! . . . Le juro, por mi mamacita, que con las uñas me eché juera la sangre de las manos. Entonces Juanito comenzó a buscar algo con los ojos, quién sabe si a usted, o al general, cavilando que aquello ya era mucho pa’ un susto. Golvió la cara y me vido otra vez. ¡Virgen de Guadalupe, cómo le habían cambiado las faiciones, los mesmo que si estuviera muerto!

Tronaron los tiros, y yo no supe más. Dicen que dí el zapotazo y que María, la del Hospital, me alevantó del suelo y me llevó a su casa, y que estuve trascuerda, y que sólo por ella vivo. . . .

Remigia se dejó caer sobre unos tercios de frijol, rechazando, pálida y temblorosa, el vaso de anisete que yo le ofrecía.

—¡Eres una mujer valiente!

—¡Quién sabe, señor! ¡De seguro que Dios me va a castigar, porque dejé que Juanito se juera sin confisión; pero si está en el infierno, pos yo gustosa me iré con él pa’ ayudarle a sufrir y darle ánimos, como aquí, en la tierra!

¿Amor? Amor. ¡Amor!

#### MARIA LA DEL HOSPITAL

¡Si yo pudiera trocar en cincel mi pensamiento y mi ferviente admiración por ella en un bloque del más fino mármol, con cuánto ahínco labraría su estatua enclavándola después en la cima de La Mesa para que por los siglos de los siglos fuera

vista y reverenciada.

Yo la modelaría sin desnudeces griegas, sin túnica romana, sin el alto coturno de los dioses; con su rebozo de bolita, sus zapatos rotos de dos orejas y su vestido de negro percal, como en luto perpetuo por todos los muertos. El rostro atezado y enjuto diría, bajo la máscara de piedra: soy una india mexicana, mirad mis pómulos salientes, mis pequeños ojos oblicuos, el rictus de amargura de mi boca, tan poco diestra en el hablar, y mis trenzas lacias y endrinas, como las alas del cuervo. Y al pie de la estatua, rasguñado sobre el granito, su nombre nada más: María, la del Hospital.

He aquí su historia, sencilla y humana cual ella misma: moza entró a servir al Hospital como una humilde criada. Allí gastó su juventud cuidando enfermos, robó las noches a Morfeo para velar difuntos y, sin otro recurso, aprendió cirugía y disección. ¡Cuántos y duros réspices tuvo que soportar la pobre doméstica porque sus manos temblaron, asustadas, al ofrecer al médico las hilas o las vendas, allá en los tiempos remotos en que operaba don Félix Cantalicio Ortega, usando por todo anestésico, el chorro inagotable de sus mentiras!

—Yo he visto cómo se hacen los milagros— decía el embustero doctor al enfermo ululante, mientras le arrancaba la mecha de la herida—: un niño se tragó una peseta, fueron inútiles vómitos y purgas; la madre, ya desesperada, nos encomendó el caso al señor de Carácuaro y a mí; yo tuve que llevar a cabo una meticulosa operación, con tal feliz éxito, que al extraer la moneda del estómago del muchacho, pude comprobar, lleno de asombro, que acaso los jugos gástricos y, sin duda alguna la fe de la madre, habían realizado un estupendo prodigio: la peseta adquirió la forma de una cruz con la imagen del Cristo de Carácuaro. Todavía la uso en la leontina en calidad de dije.

Oyéndolo disparatar, María aprendió a reír, y con los años fué perdiendo el miedo a la sangre y al dolor físico.

Vino después una época en la que el Gobierno, generoso y magnánimo, como siempre, suspendió al Hospital toda ayuda económica. Los médicos se alejaron de él presurosos, pero María, como un ejemplo de inagotable abnegación, siguió en el

establecimiento, amparando, única y sola, a los asilados. Desde entonces ella lo hace todo: cocina, lava las ropas, opera quirúrgicamente, y pide limosna vergonzosa y tímida, cuando no tiene pan que dar a sus enfermos.

No ha habido aún destacamento en el pueblo cuyos soldados no la llamen madre, y todos deberíamos decirle Santa.

¡Santa María del Hospital, intercede por nos! Amén.

#### APODOS

Yo guardo un pequeño resentimiento contra María la del Hospital, porque ella inoportunamente, nos acomodó a mi hermano y a mí sendos apodos. A mi hermano por gordo, colorado y hocicón, le puso el Puerco sin Cola, y a mí, por la voz de sonoro balido, o por mis rasgos fisonómicos, El Becerro.

Pocas son las personas que escapan en el pueblo a un mote adecuado, y el autor de casi todos es un amigo simpático y lenguaraz, a quien se confirió el apodo de El Obispo, justamente por su afición a las confirmaciones. Es, además, discípulo de Daguerre, según lo asienta en su papel de cartas:

Correspondencia particular de

José Ramos Velarde

Fotógrafo amplificador a prueba de agua.

Charlar con su Ilustrísima es un amable entretenimiento, porque sabe la vida de todos, y la glosa como los predicadores el Evangelio.

Los apodos se basan, ya en su detalle histórico, ya en un defecto físico, o en algo que pinte el carácter de las personas. Hay remoquetes hereditarios, como el de La Serrucha, que primero, lo llevó el hermano mayor, a quien ahorcaron en un árbol que está frente al curato, con la fatal coincidencia de que él mismo, de niño, lo sembró. Otros alias son de familia, como Los Uchepos, Las Requintas, Los Tabiques, y algunos de éstos están condenados a desaparecer, como el de Blanca Nieve y los Siete enanos, al descabarse la familia. Blanca Nieve es una señora de color bastante moreno; su marido y sus seis hijos forman el grupo de los Siete Enanos,

de los cuales el más espigadito no pasa de medir seis cuartas.

Hay motes que no se explican por sí solos si no es por cierto carácter onomatopéyico o descriptivo que sin duda los inspiró, como El Marramaquís, Chirivas, El Cuírilis, El Chandé, Churrias y otros, cuyas historias prolijas encontraránse acaso en los primitivos códices del pueblo.

Todos conocemos por El Buey Suelto a un señor muy respetable, a quien engaña su mujer.

A un comerciante que mueve los brazos al andar, con el ritmo cadencioso de unos remos, apodan Sobre las Olas; a otro por la misma causa, El Bullón, y a un muchacho que tiene nube en un ojo y que camina con la cabeza en alto, escrutando incessantemente el firmamento, le llaman El Astrónomo.

El Santo Pecador es un individuo que se vive en la iglesia y se sopla todas las ceremonias del culto, desde la misa primera hasta la Hora Santa, en compañía de su coima\*, a quien exige el cumplimiento de ayunos y abstenciones en todas las fiestas de guardar.

San Onofre es un escribientillo del tres al cuarto que casó con la hija de un rico.

—Pero ¿por qué le han puesto así?— preguntaba yo muy intrigado.

—Porque, como al santo anacoreta, tiene un cuervo que le baja el pan. Y, por una lógica asociación, a su padre político le dicen El Cuervo de San Onofre.

A una mujer del barrio de El Marinero la llaman Marsella por ser puerto de gran calado y de activísimo comercio, y a Joaquinito el sastre, Mesalina o ¡Válgame Dios!

Por La Cuajada conocemos a un viejo carlancón, que padece diarrea y que cuando le preguntan cómo sigue de males, contesta desconsoladamente: ¡Esto no cuaja!

Hay algunos apodos de origen más lato, como El Colorín, El Intérprete, El Pintojo, etcétera.

\*Consultar Glosario.

Una vez entró al templo un pobre tonto cuando trabajaban allí algunos carpinteros, cuyos cepillos despedían virutas que, a la luz descompuesta de los ventanales, semejaban serpentinas de vivos y variados colores. El tonto quedóse admirado, y extendiendo en el suelo su sarape, lo colmó de la viruta que le pareció más hermosa: verde, azul, anaranjada. Listo ya el tambacho, salió corriendo con él para llevar a sitio seguro tan espléndido tesoro, pero fuera del templo los preciosos ricitos de madera adquirirían su color natural, y el tonto, al verlos, exclamaba desesperado: ¡No tienen colorín! Desde entonces, El Colorín, apodan a este pobre iluso.

Patrocinada por mi hermano, vino al pueblo una compañía de ópera, y para debutar anunció La Bohemia. Se alborotaron todos los vecinos y desde hora bien temprana, enviaron sus sillas al teatro, que nunca se vió tan concurrido como aquella noche.

Don Pancho, un rico propietario, sentóse junto a mí a la hora de la representación y durante el primer acto no hizo más que interrogarme sobre las escenas de la ópera:

—¿Qué dicen, qué dicen?

—Mimí viene a pedir luz a Rodolfo, pero no hable usted tan alto porque nos van a sisear.

Pasó el primer acto, y al comenzar el segundo, descubrí a mi vecino, el rico terrateniente, sentado entre los músicos de la orquesta.

—Pero don Pancho, ¿por qué cambió usted de asiento?— le pregunté después de la función.

—Porque en donde estábamos no entendía una palabra y me acerqué un poquito para ver si les interpretaba el canto.

Su frase le valió el apodo y ahora hasta los perros le conocen por Don Pancho, El Intérprete.

Un equívoco lleno de gracia dió origen al mote de El Pintojo, quien antes vivía en Tierra Caliente, y con la protección de un hermano rico, pudo trasladarse a Tacámbaro para establecer un pequeño comercio. El hombre vino a este lugar acompañado de una pinta tierracalienteña con quien, muy de ocultis, sostenía relaciones carnales.

Pocos días después de establecido, llegó su hermano y protector a saludarlo y a saber cómo le iba en su nuevo negocio:

—¿Qué tal pinta, hermano?

¡Hay, hermano, más puta que las gallinas! —contestóle rápidamente, creyendo que le preguntaba por la mujer con quien vivía.

Divulgóse el casual epigrama y el catecúmeno fué desde luego bautizado.

Olvidaba en el tintero a mi amigo El Perico de Demóstenes o El Fonógrafo, que por ambos apodos es conocido en el pueblo. Se trata de un discípulo de Justiniano, de tan mala fortuna, que jamás ganó un pleito, salvo aquel que transaron los mismos contendientes a la puerta del juzgado y que él llamó simple litigio de ganadería, porque se trataba de dos toritos de petate que riñeron en un carnaval.

Le dicen El Perico de Demóstenes por su afición a la oratoria, y vaya de muestra un párrafo altisonante del discurso que pronunció cuando vino a la visita pastoral el señor Obispo.

“Yo soy retrógrado, lo confieso. No encuentro en el avance de las ciencias nada que pueda superar a lo que ya existió. Moisés ganaba batallas sin obuses y sin cañones, con sólo levantar los brazos al cielo; Elías viajaba por los aires sin necesitar de avión, y Satanás enseñó a Jesús, sin moverlo de una montaña, la maravillosa película del mundo entero. Maldigo el teléfono, y si habito en Tacámbaro, es porque aquí nos hemos librado de este novísimo invento. Nada más inoportuno que una llamada a la hora del tranquilo yantar; nada más molesto que una campanita que nos repica en los oídos a la media noche e interrumpe nuestro sueño reparador. ¿Y el automóvil? El automóvil es la ruina de las industrias nacionales, el verdugo de nuestra incipiente agricultura. Ya no es costeable la fabricación de guarniciones

para coches, ni de herrajes para caballerías. Por él la agricultura está en bancarrota. Yo he perdido la cosecha total de mis mangos que me daba mis buenos catorce pesos al año, cuando los árboles, alejados de todo camino moderno, guardaban su fruto exclusivamente para mí; pero ahora que hay carretera y que pasa junto a mi potrero, y por ella vienen y van los automóviles, ni un solo mango recolecto; los tumban a pedradas los llamados chaufferes para que de balde se los coman esas gentes perniciosas a quienes, quizá por burla, les llaman los turistas. A tales intentos, tales personas”.

En vísperas de unas elecciones municipales, un chusco formó un padrón de apodos y lo fijó en las esquinas, junto a la candidatura correspondiente.

Presidente Municipal:

La Cierva

Síndico Procurador

El Becerro (\*)

Regidores:

La Culebra Negra

El Piojo Blanco

La Burra

El Perico

La Gallina

Toda una fauna pintoresca que crece y se multiplica bajo la mirada complacida de José Ramos Velarde, nuevo Noé con cámara fotográfica, pero sin arca y sin diluvio.

NAVIDAD

Con el Achaque de sus nietos, doña Praxeditas también se divierte.

\*El becerro soy yo|